

Basta haber querido vivir una noche de Baudelaire en la isla Saint-Louis para que la persistencia de un pasado que escapa a los que duermen brote de las piedras y los muelles, anule los cambios urbanos y urda la trama de otra noche, de otra madrugada. En algún momento los pasos tendrán otro sonido en el pavimento, el vino que beberemos en un mostrador jugará otra alquimia en nuestra sangre⁹.

Ese París de los comienzos se vive como el lugar de la otredad: es el espacio donde se puede llegar a ser aquel que soñamos ser, el espacio donde se puede llegar a vivir la «verdad inventada»¹⁰ que tanto busca el Cortázar de esos años. Es también una manera de hacer reales las geografías imaginarias de la infancia y de evocar las fantasmagorías de la lectura como auténticos recuerdos, pues la realidad se hace cada vez más permeable a la ficción.

Cerca de Pantin el viajero volverá a vivir bajo la niebla del terror de las lecturas de infancia en su remoto Buenos Aires, recordará el folletín anónimo en el que el suburbio finisecular era ese mismo suburbio por el que ahora camina con el cuello del abrigo levantado (...)»¹¹.

París, ritmos de una ciudad mucho nos dice de esa mirada del viajero, del desfase que se convierte en instrumento poético entre la apertura al otro y el examen de sí mismo. Hasta aquí se trata de una historia común que comparten un sinnúmero intelectuales del mundo entero en una época en que París era la ciudad iniciática por excelencia.

Pero por algo existe la expresión viaje iniciático: el desfase de la mirada sólo dura, en verdad, poco y la costumbre acaba devorando siempre a la novedad. A menudo, la vida en París es difícil, como en cualquier gran capital, y no olvidemos que está también el peso de la nostalgia de lo que se deja atrás. Vivir en París significa, además, vivir en francés, verse invadido por las estructuras conceptuales de otra lengua, y finalmente integrarse poco a poco a otra realidad, a otra normalidad.

El viajero habrá cesado de ser un viajero, ahora es libre para seguir mirando o solamente para seguir viendo, para mantener la tensión de su presencia en la ciudad o echar a caminar sin otro objeto que ir de un lado a otro. Momento indefinible e incierto el de la elección, esa mañana o ese atardecer en que la rutina puede suceder al deseo; encrucijada

⁹ París, ritmos de una ciudad, Barcelona, EDHASA, 1981, 7^{ma} página del texto (no hay numeración).

¹⁰ Salvo el crepúsculo, pp. 243-244.

¹¹ París, ritmos de una ciudad, 8^a página del texto.

sin nombres ni tiempo, opción de la sensibilidad y la inteligencia, triunfo de la libertad o del pragmatismo¹².

Es éste un momento clave: aunque la revelación esperada no se ha producido, aunque Cortázar no se ha convertido en aquel «otro» que soñó ser, de todos modos se niega a aceptar una integración entendida como «normalización» y le apuesta a seguir siendo un viajero, un viajero inmóvil, un viajero de lo cotidiano. La cotidianidad parisina se convierte así en el lugar imperecedero de lo fantástico: en él coexisten la inevitable costumbre y la búsqueda de lo desconocido o, dicho en otra forma, dos versiones de la realidad que lógicamente no pueden coexistir.

Y es así como París se vuelve la ciudad *uncanny*, la ciudad fantástica de la obra de Cortázar. En «Axolotl», el edificio del *Jardin des Plantes* es el espacio donde se encuentran dos reinos que no pueden comunicarse, es el espacio de la metamorfosis irracional. En «El otro cielo», el protagonista vive en un París que es el doble de Buenos Aires, pues las dos ciudades desembocan la una en la otra, fuera del tiempo, gracias a los pasajes y a las galerías cubiertas. En *Rayuela*, los personajes recorren la ciudad en busca del cielo prometido del juego infantil y persiguen una verdad ontológica, una revelación que sólo tiene lugar, que sólo puede tener lugar, en la búsqueda misma.

Julio Cortázar es fiel a su apuesta: como buen traductor, elige su blasón entre los lugares de pasaje y de tránsito, como el Pont des Arts o la Galerie Vivienne. En sus textos París es el lugar de lo fantástico, el símbolo de las tensiones identitarias de los protagonistas y un espacio doble que es siempre signo de algo más que sí mismo. No en vano nos dice en el capítulo 26 de *Rayuela* que «París es una enorme metáfora».

¹² Ibid., 9^{na} página del texto.



Taffeta afternoon dress. Drawn by Gerda Wegener [No. 183, 1914]